

# LA OPINIÓN ASTIGITANA

PERIÓDICO POLITICO

Año XXV. |  |  |  |  |  | Écija, Enero de 1915. |  |  |  |  |  | Núm. 847

EXTRAORDINARIO

PARA CONMEMORAR EL VIGÉSIMO QUINTO ANIVERSARIO

DE LA

FUNDACIÓN Y PUBLICACIÓN DE ESTE PERIÓDICO

## La Opinión Astigitana

1890-1914

Un movimiento espontáneo de opinión, de esos que constituyen un momento histórico en la vida de los pueblos, dió origen y vida á la publicación de este periódico

Era por fines del año 1890. El partido conservador que desde la muerte de D Alfonso XII, en 1885, estuvo alejado del gobierno de la nación, había subido otra vez al poder. Durante aquel interregno político el conservadorismo local se había organizado, y habiendo designado su jefatura en la persona de don Juan T.—Martel y Fernández Galindo, eligió como candidato propio para las primeras elecciones de diputados que se verificasen, al caballero D Ignacio de Soto y Fernández de Bobadilla, Marqués de Santaella, quien por su enlace con la Sra. D.<sup>a</sup> Patrocinio

Aguilar, y por su parentesco con otras distinguidas familias ecijanas, no sólo residía en nuestra ciudad sino que era considerado como uno de los mejores ecijanos. Demostrado lo



Sr. D. Ignacio de Soto y Fernández de Bobadilla,  
Marqués de Santaella.

FUNDADOR DE ESTE PERIÓDICO  
FALLECIÓ EN ÉCIJA EL 24 DE ENERO DE 1891

Nació pues, este periódico conservador y monárquico, en Noviembre de 1890.

Subsiguieron los acontecimientos, y cuando todo parecía

había esta cualidad, con la fundación de la Sociedad de Almacenes generales de Depósito, y con el desinterés y cariño con que siempre hizo la defensa de los intereses generales de esta ciudad. Así, pues, la designación de su candidatura para la diputación á Cortes por este distrito, ni fué un afán inmoderado de figurar, ni obedecía á otros móviles censurables: estaba inspirada en verdaderos y justos intentos de favorecer á este pueblo.

Pero frente á esa candidatura se presentaba otra, la de otro ecijano, que se decía también inspirada en iguales móviles. con carácter político liberal. La opinión pública hallábase, pues, dividida, y para encausar esa opinión y llevar á todos al convencimiento del desinterés que movía á los hombres del partido conservador á sostener y defender su candidato, se fundó LA OPINIÓN ASTIGITANA.

concurrir al triunfo más grande y más entusiasta, de aquella lucha política, en favor del Marqués de Santaella, ocurrió su inesperada muerte, que trastornó todos los planes políticos de su partido y cuantas combinaciones se basaban en su elección de diputado.

A punto estuvo de sufrir la misma infausta suerte el periódico, desapareciendo, apenas nacido, del estadio de la prensa; pero la resolución de su primer director, D. Antonio T.—Martel, la desinteresada colaboración de su redactor-jefe D. Fernando Serrano, y la cooperación de quien estas líneas escribe, evitaron la muerte del periódico, que si no llegó á ser el órgano oficial del conservadorismo local, fué el amigo oficioso de la situación política ecijana de entonces, que saldaba con déficit sus liquidaciones trimestrales, pues escasamente sus ingresos cubrían el gasto material de imprenta, reparto, cobranza y demás menesteres, para la holgada existencia de un periódico, que pretendía ser el amigo de una comunidad política, que se hallaba en el disfrute del poder.

En tal situación continuó LA OPINIÓN, hasta que elevado á la primera magistratura popular local el Sr. Martel, hubo este de dejar la dirección del periódico haciéndose cargo de ella el Sr. Serrano, continuando el narrador de este artículo hecho cargo de la parte económica; es decir, como editor, á pérdidas ó ganancias, de la publicación, hasta que los acontecimientos políticos ocasionaron una total transformación en la vida del periódico.

Desligado su director el Sr. Serrano, por las causas que quiera que fuesen, de los compromisos que hubiera contraído con el partido conservador, ó con sus hombres, había declarado independiente el periódico dentro de la política local, y abandonado LA OPINIÓN por aquella situación á sus propios recursos económicos, el que escribe hubo de declarar al señor Serrano, que seguiría hecho cargo de la gestión económica, es decir de la publicación del periódico, en tanto este no hiciese política favorable á determinada personalidad local, pues en el momento que así ocurriera el periódico dejaría de existir, ó iría á imprimirse y publicarse á otra parte, pues yo no seguiría hecho cargo de la empresa.

Y así ocurrió: apenas se vislumbró la próxima caída del partido conservador y la posibilidad del triunfo de los liberales, en uno de cuyos grupos locales figuraba en primer puesto la personalidad á que me había referido condicionalmente con el Sr. Serrano, este trató de hacer política favorable á dicha personalidad desde LA OPINIÓN, y en el momento de recibir las primeras cuartillas para su inserción en el periódico, tuve que recordar á su director la advertencia que le tenía hecha y exponerle mi negativa á continuar siendo editor económico de la publicación.

Fueron aquellos verdaderos días de amargura para mí: había comenzado á iniciarse en mí la afición al periodismo, á la literatura y venía colaborando en el periódico, sin dar mi nombre, solo como ensayo; había crecido en mí un sincero afecto á la publicación, por considerarla útil al ideal; á la aspiración, al programa que le fijara su difunto fundador; tenía interés particular, á qué negarlo, en su sostenimiento, pues el periódico bajo el punto de vista de trabajo para mi imprenta, si no me rendía grande producto, me ayudaba á vivir, me daba trabajo, suprema aspiración de toda mi vida, y por todas esas causas me producía sentimiento que el periódico muriese, al mismo tiempo que me consideraba sin condiciones intelectuales bastantes para echar sobre mí la tarea de hacer, redactar ó escribir un periódico, que apartándose de convencionalismos políticos y sociales, fuese un defensor sincero de la verdad, de la razón y de la justicia en beneficio de los altos y sagrados intereses

de mi patria, de mi pueblo. Y esto ocurría, cuando una de las mayores desgracias que he sufrido en mi vida me acechaba inminente: cuando mi querida y no olvidada primera esposa se ausentaba del mundo de los vivos, para disfrutar vida más pura y hermosa que la terrenal..

Y he aquí como, por un azar de la suerte, me vi hecho periodista sin buscarlo ni desearlo: á mi requerimiento, contestó el Sr. Serrano abandonando la dirección de LA OPINIÓN; creó otro periódico y me dejó en el compromiso de cumplir con mis suscritores la continuidad de la publicación, yo que ni política, ni social, ni literariamente tenía condiciones para ello. El corto ensayo que como periodista había hecho años antes, con otro periódico, en el que me ví en análogas circunstancias, no fué bastante para considerarme con aptitudes suficientes para hacer un periódico.

Sin embargo, empujado por la necesidad y aun también por algo de amor propio, después de meditarlo bastante, acometí la empresa y me decidí á continuar una obra cuyo inspirador había desaparecido y de cuyas aspiraciones y anhelos yo no podía saber más que lo que en el primer número del periódico había dicho él mismo, y que podía concretarse en este lema «Verdad, razón, justicia. Todo por Ecija y para Ecija»

No inquirí más: aquellos principios, no olvidados nunca y esa aspiración siempre presente, fueron mi égida en todas las ocasiones, en todos los momentos de la vida é historia de este periódico. Como político, ni oculté mis convencimientos, ni hice abjuración de ellos; pero cuando estos se oponían á aquellas palabras que eran como la suma total de la aspiración del periódico, ellas eran las que triunfaban y el convencimiento político quedaba pospuesto ante la sagrada aspiración del bien de mi pueblo.

¿Fuí comprendido?, creo que no lo he sido nunca. Se desenvuelve la política en estos pueblos en tan bajo nivel moral, que las gentes, acostumbradas al prosaísmo de la vida material, no admiten que haya quien sacrifique el bienestar proveniente de ese materialismo, ante la satisfacción espiritual del deber cumplido.

Así, que, inspirado en tan elevados móviles, si alguna vez en el periódico me acercaba á determinada situación política, pronto mi desinteresada benevolencia fué desatendida, por no hallar en el periódico la oficiosidad halagadora que se desentendiera de los yerros para solo cantar las alabanzas.

Y no fué eso solo: no fué tan solo el despego, la desconsideración, lo que hube de sufrir; más de una vez fuí objeto de persecuciones odiosas, indignas y mezquinas, que si retrataban la pobreza de alma de sus inspiradores, ó autores, más fortificaban en mí el propósito de no apartarme del culto á aquel sagrado lema: «Verdad, razón, justicia.»

No descenderé á citar hechos de los que fuí víctima, porque no quiero aparecer como rencoroso; aquellos sucesos pasaron y sus autores, unos ya fallecidos y otros todavía vivos, perdonados están.

El amargor que los sucesos á que he hecho referencia, me produjeran, se amenguó muchas veces cuando por virtud de mis pobres lucubraciones en estas columnas, veía realizarse alguna mejora en la ciudad, ó eran atendidas mis indicaciones en cualquier orden de ideas. Y aunque cuando esto ocurría, siempre se ha procurado—¡pobre condición humana!—que la iniciativa de lo en estas columnas propuesto no apareciera como una secuela de lo por mí dicho ó indicado; lo cierto fué que se hizo aquello que aquí se dijo, y la satisfacción que esto me producía no me la podían quitar.

—Y, ¿qué bienes materiales ha conseguido usted, durante esos veinte y cinco años de lucha constante?—me preguntaría un crítico de esos que todo lo traducen en prosa de más sustanciosa.

—Pues, ninguno;—le contestamos—Durante ese lapso de tiempo he luchado en favor de mi pueblo y al mismo tiempo he trabajado para el sostenimiento de mi familia. He educado mis hijos y he procurado, á la vez que les proporcionaba una modesta posición para que ellos luchen por la vida, ofrecerles un ejemplo de laboriosidad y honradez, único capital que podré legarles. Y en cuanto á mí, la satisfacción de que cuando me llegue mi hora, podré alejarme de la vida satisfecho de haber procurado cuanto bien pude. Este es el resumen, ó sí: tesis, historial de LA OPINIÓN ASTIGITANA, en sus veinte y cinco años de vida.

JUAN DE LOS REYES.

DESDE LA ARGENTINA

DEL PERIODISMO

Para LA OPINIÓN ASTIGITANA, en el vigésimo quinto aniversario de su aparición, al palenque del periodismo ecijano.

La vida del periodista, tan difusa y desigual en todos sus aspectos más triviales, tiene en sí satisfacciones íntimas á veces, que no dejan de manifestarse con toda su luminosidad y trascendencia, cuando les es llegado el momento de su aparición.

La palabra periodismo encierra en efecto y en general, á todos los que diariamente derraman en las efímeras hojas volanderas, por los puntos de la pluma, la savia más ó menos valiosa de su inteligencia y sus entusiasmos. Mas al tratar de éste, la sinceridad y honradez de pensamiento, nos obliga á pasarlo por el finísimo tamiz de la clasificación. Porque el periodismo, en realidad, no es uno solo; dentro de él, existen infinidad de heterogéneos periodismos, y como en todo lo que lleva el sello humano, existe lo malo y lo bueno, la sencillez y el egoísmo, el desinterés y el lucro, el apostolado y la vanidad.

Ser periodista, equivale á ser mucho, sobre todo en un ambiente cultural donde el estu-  
diosa un algo impres-  
cindible,

necesario, donde las letras constituyan una necesidad para el espíritu, como para el cuerpo, lo es, el "pan de cada día."

El periodismo contemporáneo tiene caracteres

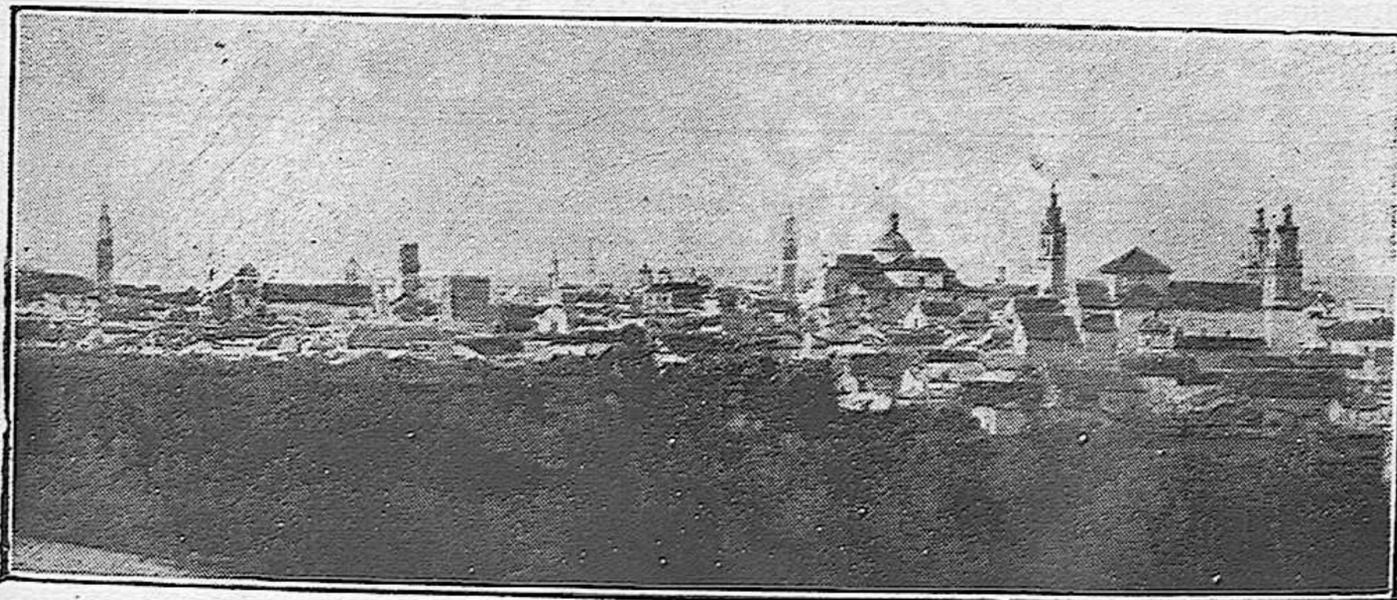
tan diversos, que intentar estudiarlos, equivaldría no á hacer un ligero esbozo de su progreso y participación en los tiempos actuales, sino á desarrollarlo amplia y detenidamente, cosa materialmente imposible de hacerse, en un artículo para periódico, pues para ello, necesitaríamos una extensión extraordinaria, sólo factible en los mimos de un libro ó folleto.

Para aquellos que desde las columnas de los grandes rotativos irradian cotidianamente sobre la humanidad, luz, cultura y progreso, solo podremos tener frases de encomio y alientos, simpatías efusivas y delirantes aplausos. Este periodismo, por decirlo así, es el periodismo fuerte el que indubitablemente encarna ese *cuarto poder del estado*, tan puesto en duda aun por espíritus mediocres é indignos de comunicarse diariamente con la pública opinión.

Porque, no obstante los reveses y atropellos en que el periodismo suele á veces verse envuelto, tiene una fuerza tal, ejerce sobre la opinión tal influencia sugestiva, que sin mayores esfuerzos y con solo una pluma honrada, libre de prejuicios y elocuente, sirve de escabel para derribar nocivos ministerios, agita la pública opinión hacia ideales nobles y altruistas, ruje las injusticias, grita las inmoralidades, penetra en fin, con el cincel de la claridad y el sentimiento colectivo donde su presencia es necesaria, desenmascarando á los que amparados por la influencia oficial, ofician de carcomas, en el cuerpo dolorido de las naciones absorbiendo impunes sus energías en aras del lucro personal.

¡El periodismo! Gutember al arrancar de su preclaro cerebro la idea de la imprenta, desconoció la grandiosidad de su invento. Murió este sabio tan poco honrado, aun por cierto, ignorando

la magnanimidad de su obra colosal y el inmenso servicio que á la humanidad, más tarde y unida al telégrafo había



Vista general de Écija.

de prestar. Las ideas más nobles, las noticias más sensacionales que en el universo se agitan cotidianamente convergen todas en el hilo telegráfico, para después y deslizándose por la pé-

ñola, derramarse en sùtiles hilos de tinta sobre las blancas sábanas de papel, haciendo diariamente vivir á las distintas nacionalidades, siquiera media hora la vida universal.

II

Concretándonos á nuestro periodismo, podemos afirmar que él no llena ampliamente las necesidades innúmeras de la moderna vida española.

Mas de ésto, á fuer de imparcial, no he de culpar yo á nuestros periodistas y periódicos. Tampoco á los gobiernos, que en honor á la verdad, si nada hacen en su favor, tampoco dificultan su labor. Nuestro periodismo, dentro de la humildad en que vive, por regla general es honrado. Los *chantages* tan usuales en nuestra vecina República, en España son rarísimos, casi no existen. A pesar de lo pésimamente remunerada que está, entre nosotros, la profesión de periodista la honradez es el mejor galardón que puede ostentar.

El público casi no lee en España los periódicos; apenas suele leer las revistas taurinas, y si alguno de los diarios consigue lectores, es á cambio de que se le dé una página de reseñas taurinas.

Un pueblo que así se

conduce y piensa, no sólo no podrá nunca poseer un periodismo importante y moderno, sino que tampoco tendrá derecho á quejarse mañana, cuando de él necesite. Así nuestro periodismo directivo, vive ésa vida precaria y decrepita, tan injusta como inmerecida.

Sólo aquel periódico, que lleva la voz de un jefe político, goza de un relativo bienestar y se desenvuelve con algún éxito. Sus redactores, raras veces salen del vivir anónimo, para desempeñar puestos públicos.

Para ello es necesario, que el periodista, goce de una absoluta independencia personal, que no

necesite del periodismo para vivir, porque además de cultivar éste ejerce una carrera ó explote algun negocio.

En España, ¿cuando va á ocurrir, cómo recientemente en la Argentina, que un periodista sea arrancado de la subdirección de un diario, para ser llevado á ocupar el honroso puesto en el gobierno nacional, de ministro de Relaciones Exteriores?

Si acaso y cómo un favoritismo personal, sería (cual Baldomero Argentine en el ministerio Romanones) llevado á cualquier destino burocrático.

Aquellos tiempos, en los que, hombres, periodistas como Ayala, Gon-

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. José Giles y Rubio

Ilustre literato y catedrático.—Nació y murió en Eciija.

JÁRQUIZ Y MILENDA

(LEYENDA ECIJANA)

- I. Diálogo entre Milenda y su padre.
- II. Soliloquio de Járquiz. III. Muerte de Járquiz. IV. Conclusión.

I

Cercana al undoso río que por el valle serpea y el oro arrastra y la nieve de la granadina sierra, torre de alárabe traza sus altos muros eleva sobre la irisada alfombra de la espaciosa ribera. Del héspero de la tarde

la luz indecisa quiebra sus rayos en los macizos de la ingente fortaleza; de topacios y rubíes el almenaje rodea; de leve polvillo de oro la estancia morisca llena; tímidamente ilumina con dulce tono las grecas de los pintados tapices, y el rayo postrero besa la tostada y reluciente faz de la hermosa Milenda, que muellamente descansa sobre cojines de seda, y al son de la guzla entona las reverentes aleyas. —Suspende el canto. (Le dice

su amante padre). Se acercan para los pechos alarbes horas de terrible prueba.

¡Milenda mía! La astucia de la imbécil soldadesca que en la Gran Mezquita-Aljama su estandarte enseñoza, con loco y tenaz empeño y en vil acechanza espera tomar á MEDINA-ESTHIGA. á la refulgente perla del undoso NAHR-GARNATA, á la que orgullosa ostenta su límpido sol por timbre de perinclita grandeza.

Tú no conoces el mundo, no lo conoces. Milenda. Tú eres inocente y dócil,

zález Bravo y Lorenzana, salian de las filas del periodismo para gobernar el país, no llevan camino en nuestra patria de volver á repetirse.

Sería preciso que, una gran metamorfosis, cambiáse el carácter de la nación, desviándole de esa apatía que hoy siente por todo periódico que no lleve el borrón, de una página de sandeces y guapezas taurinas.

III

Nuestro periodismo en provincias, merece la conmiseración más honda. Salvo algunos en las capitales, los demás periódicos que en los pueblos de importancia ven la luz pública, tienen tiradas exiguas que á no ser por la tenacidad digna de elogio de sus directores ó propietarios, ellos no existirían.

Aquí en estos diarios y semanarios, en un ambiente de indiferencia popular es donde inconcusamente puede afirmarse está ese apostolado periodístico, esa abnegación y quijsotismo del periodismo luchador y desinteresado, que contra viento y marea, sostiene á fuerza de sacrificios morales y materiales, su bandera inmaculada, pura, plétórica de ideas razón y patriotismo.

Este periodismo sufrido y casi ignorado que con tenacidad admirable

y paciente consume años en una labor meritísima, que sin duda no han de saberle comprender ni agradecer, es el periodismo único, que ejerce ese apostolado cultural, esa abnegación rigurosamente desinteresada y digna de la admiración más excelsa, de todos los hombres de honrada conciencia y perfecta intuición.

IV

En la categoría de éste periodismo precitado, podemos incluir con orgullo los ecijanios, á el periódico que da cabida á estas ligeras observaciones; humilde por su formato, pero grande por la obra de titán, que durante un cuarto de siglo,

ha sabido desarrollar y defender, en medio de enormes vendavales de indiferentismo y mal disimuladas insidias, velando siempre por los intereses del pueblo ecijano y poniendo en la picota, con esa hidalguía netamente española, á sus disfrazados detentadores.

Hoy LA OPINIÓN ASTIGITANA en su vigésimo quinto aniversario, no puede por menos que sentir la inefable satisfacción del que ha cumplido fielmente con el deber. Esa su foja de servicios, acrisolada y digna, es su mejor estímulo, para proseguir la obra alumbrando los desvanes oscuros, oxigenan-

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Evaristo Espinosa García

Ilustre pedagogo.—Nació en Ecija y murió en Barcelona.

tú eres tímida gacela  
é ignoras que los chacales  
con perverso instinto acechan  
en la extendida llanura  
de los desiertos, su presa.  
Así los torpes cristianos,  
como chacales, husmean  
el rastro que los conduce  
por la vergonzosa senda  
del deshonor; y profanan  
con inauditas torpezas  
el amor inmaculado  
de las nobles agarenas.

Júrame, pues, hija mía;  
júrame por el Profeta  
no dar tu mano á ninguno  
de esa turba rufanesca.

—Lo juro así, padre mío.

Nunca jamás tu Milenda  
se rendirá; que al amparo  
de la muslemita enseña  
dará cien veces su vida,  
primero que las cadenas  
de la esclavitud le fuercen  
á ser de un cristiano dueña.

Además, yo quiero á Járquiz.  
—¿Y él te quiere?—Me da pruebas  
de ser mi rendido amante:  
si duermo, mi sueño vela;  
si río, conmigo ríe;  
y si lloro, la tristeza,  
que es del amor fiel amiga,  
su hermosa frente sombrea,  
—No desmiente nuestra raza...  
—Su apostura la entereza  
de su carácter, su ingenio,

y el gran interés que muestra  
por el esplendor y brillo  
de Medina-Esthiga, aumentan  
su fama, poder y gloria,  
y hasta tal extremo lleva  
sus afanes y cuidados,  
que, para gastos de guerra,  
ha establecido un tributo,  
y el que á pagarlo se niega  
sufre en oscura mazmorra  
las más humillantes penas.

II.

Es la alta noche. La luna  
despliega su blanco velo;  
Medina-Esthiga reposa  
sobre el rojo y gualda lecho  
que de sus fértiles campos,  
le brinda el algodonerero;

do el ambiente y combatiendo con energías, la montaña de angustias, de tedio y de tristeza, que pesan hoy sobre el noble pueblo astigitano.

J. Ruiz Cuenca.

Buenos Aires Mayo 1915.

## EL APARECIDO

### CUENTO

Callamos todos, dispuestos á oír el relato de nuestro amigo, el que apurando su copa de cognac y después de chupar con fuerza aquel cigarro que por sí solo era capaz, con su denso y pestífero humo, de hacer irrespirable la atmósfera de la reducida pieza del *Divan*, se expresó de esta manera.

—Pues, sí, como lo oyen ustedes. El hecho que voy á referir es rigurosamente cierto y lo oí contar á mi abuelo, testigo presencial del mismo; haciendo tal impresión en mi espíritu de adolescente la relación de tan singular aventura, que desde entonces creo de todas veras que el Padre Soledad, héroe de ella, ó era el hombre más templado de mi pueblo, con un valor superior al de todos los *matones* y *mozos críos* de su época, en la que tantos y por tan distintas causas históricas y sociales abundaban, ó estaba en el *secreto de la cosa*: quiero decir que adelantándose á los superticiosos errores de su tiempo, así creía y se preocupaba de *aparecidos*, *almas en pena*, brujas, duendes y similares trapantojos, como de las coplas de Calaños.

En aquellos felicísimos días que siguieron á los *mal llamados tres años*, frisaría apenas en los cincuenta un reverendo Padre capuchino nacido en un lugarillo de la provincia de Cádiz, y recriado en la *Colonia firma Astigitana* de los romanos, que ostenta en su escudo por glorioso lema la

frase atribuída á su excelso Patrón, San Pablo, el Africano; "*Civitas Solis vocávitur una*"; siendo cosa averiguada, por los más escrupulosos filólogos y concienzudos cronistas, que tales palabras profiriólas el Santo guerrero en ocasión de considerarse achicharrado vivo, una tarde de Agosto, por los amorosos rayos que el sol enviaba á su predilecta hija, cual si pretendiera fundirla con sus abrasadoras caricias.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto y verídico es que nuestro Padre capuchino gozaba en la ciudad de merecida fama por su claro entendimiento, ameno trato, simpático aspecto, discreta conversación, morigeradas costumbres y sana palabra en el púlpito, desde el cual derramaba á torrentes el de su elocuencia, sin acentuar demasiado, como era de rigor en aquella época, la nota del absolutismo. Por éste último detalle y por el no menos significativo de sonreír bondadosamente cuando llegaba á sus oídos el grito callejero de *¡vivan las caenas!*, no faltó quien le motejara de liberal y poco afecto al *Rey neto*, cosa que para mí ni es artículo de fe, ni tampoco pueda negar á pie juntillas.

Lo que sí es evidente, porque los hechos vinieron á demostrarlo, es que dormía poco de noche, en parte por dedicar sus horas á los estudios teológicos y á la composición de los muchos sermones que le encargaban las treinta y ocho Cofradías, que con loable celo y evangélica emulación fomentaban el sagrado culto en las seis parroquias y veinticuatro conventos de frailes, amén de los diez y siete de monjas que se repartían los ricos ámbitos de tan populosa Ciudad; y en parte porque si nó todas, muchas de ellas, salía del convento á hora desusada, rebujado en su amplio hábito de parda lana, oculta por la capucha la faz, de la que apenas podía verse el extremo saliente de su luenga y rizosa barba, y

en el dilatado valle  
reina el profundo silencio  
de los callados sepulcros,  
y solo se escucha lejos  
de aquel lugar el pujante  
y airoso caracoleo  
de pardo corcel bravo  
que indócil rechaza el freno.

Cabalga en su lomo Jáquiz,  
de rico alquicel cubierto  
y de retorcido y largo  
turbante de fino lienzo,  
la sien orlada, pendiente  
del ancho cinturón bello  
joyel de perlas que ciñen  
el puño del limpio acero.

Recoge la suelta brida  
y enfrena al corcel soberbio.

que á todo correr avanza  
salvando honduras y cerros,  
(porque es voluntad del moro  
llegar á la torre presto)  
cruza la ciudad y el puente,  
traspasa el camino estrecho  
que hasta la puerta conduce  
de la alta torre. Ligero  
desciende de su caballo  
el soñador sarraceno,  
y bajo los ajimeces  
que guardan el aposento  
de la sin par hermosura,  
señora de sus ensueños,  
con acompasado ritmo  
dá tierna canción al viento:

—«Despierta ¡bien de mi vida!  
despierta, que ya el lucero

de la mañana sus rayos  
va por Oriente esparciendo.  
Tus ojos muestra á la aurora,  
de rojos carmines hechos,  
y de sus sabrosas mieles  
guste Jáquiz, y tus negros  
y atormentadores ojos  
luzcan su brillo y el fuego  
de las crueles miradas  
en que mi amor vive preso»—.

«Descorre la celosía,  
que ya el ruiseñor parlero  
sus trinos lanza á los aires  
y sus quebrados gorgoros,  
y la corriente del río  
y el pausado balanceo  
de la frondosa alameda  
suspiran rumor de besos.

metidas las manos en aquellas mangas perdidas, de las que no salían sino para prodigar golosinas á los chicos que querían besarlas ó para echar bendiciones aun á los grandes que menos hacían por merecerlas.

No refiere la crónica, ni tenía para qué, el motivo, objeto y fin de aquellas nocturnas escapatorias; pero bien podemos admitir, sin escrúpulo de conciencia, que el motivo no sería otro que su extraordinario amor al prójimo, dada la caridad que siempre inflamó su corazón, buscando la necesidad allí donde sabía que existiese; objeto, algún alma necesitada de consuelo, y el fin, el fin... una casa pobre y casi miserable, oculta en el rincón más oscuro de una estrecha callejuela que formaba parte de la red, llamada la *Morería*, trozo de población situado á espaldas del Convento de los Descalzos, cuya red, por lo inextricable y excusada, con sus angostos pasillos, algunos sin salida, y sus casucas pobres y faltas de la debida alineación, constituía una especie de laberinto más propio para ser temido que frecuentado.

No faltó algún rondador nocturno que descubriera los pasos de su Paternidad y con malicia pecaminosa, no exenta de temerario juicio, comunicara el secreto á dos ó tres compadres de su estofa, los que, sin temor de Dios, determinaron dar un buen susto al Reverendo para que en lo sucesivo no volviera á los que ellos, en su procaz maledicencia, llamaban *picos pardos*. Y en efecto, puestos en sacrilego acuerdo, resolvieron trazar un milagro de *aparecidos*, figurando en una de las calles por donde había de pasar el chasqueado, próxima á la visitada por éste, la espeluznante escena de un muerto, con sus luces y todo, cual si se trata-

ra de *alma en pena*, que volviera á este mundo en demanda de socorros espirituales, indispensables para redimir sus atrasadas culpas, y poder volar al cielo, libre y honrada mediante hu-

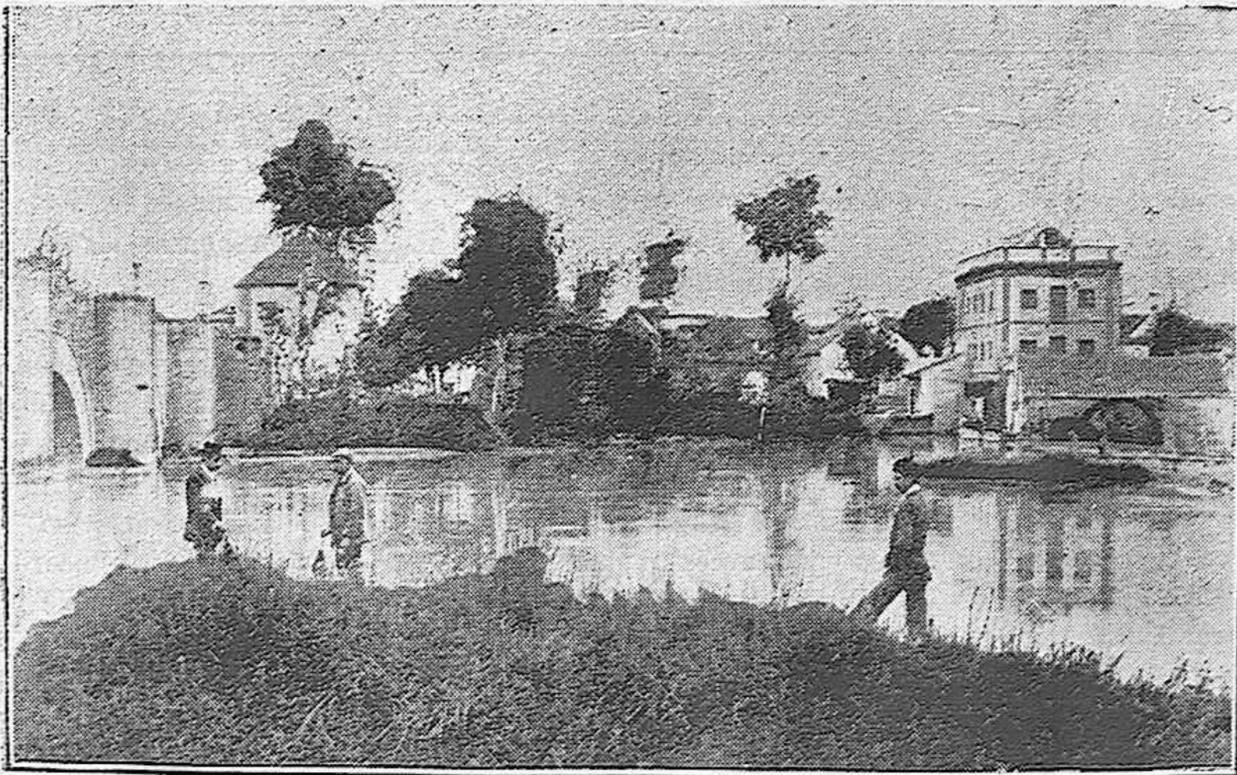
manos sufragios, de las llamas del Purgatorio.

Y como lo pensaron lo hicieron aquellos pícaros sin conciencia. Pertrechados de los enseres y artefactos necesarios, una noche de las más obscuras del Otoño, cerciorados de que el pájaro estaba en el nido, colocaron los trevejos en el lugar más apropósito, encendieron las velas, tendióse el *muerto* en el centro del fingido catafalco, y apostados los maleantes compañeros en no lejano rincón, desde donde pudieran ver, entre risas y chacotas, la huída pavorosa del fraile, esperaron con siniestra calma, el desenlace de su grotesca é infame travesura.

Ya antes de volver éste la esquina de la estrecha callejuela debió llamar su atención el medroso resplandor de las luces de los cirios, como cosa inusitada é inexplicable en aquellos lugares, donde extinguida la del día, reinaba la más completa obscuridad hasta el nuevo amanecer, como no fuera que la Luna bañase á trechos recortados por las desiguales tejas de los salientes aleros, con sus pálidos reflejos—lo cual no sucedía aquella noche—las bajas casucas y fangosas calles de tan solitario lugar; pero como su conciencia estaba tranquila y en último término sus manos no habían de permanecer ociosas, si la ocasión lo exigía, siguió pausadamente su camino, sin otro cuidado que el de la curiosidad despertada por tan extraño fenómeno.

Volvió al fin el esquinazo de la calleja y á pocos pasos de distancia percibió claramente el terrorífico espectáculo que á su vista se ofrecía. Un paño negro de ánimas cubría de acera á acera el pavimento, sobre cuyos extremos se erguían cuatro candelabros de madera, sustentando sendos blandones de amarilla cera, los mismos que con sus macilentas luces, vacilantes al soplo del

vientecillo de la noche, lanzaban aquel resplandor, bastante solo á interrumpir breve espacio de las tinieblas. En el centro del paño, estirado y rígido, un cuerpo envuelto en blanco sudario



Vista del Genil y Fábrica de Harinas.

mostraba el marmóreo rostro y manos en cruz,

con la inmovilidad propia de la muerte.

No detuvo ni por un momento sus pasos el Padre Soledad. Continuó avanzando, con apagado pisar y calada la capucha, hacia el espantable *aparecido*, y en el supremo instante de llegar al borde de la trágica figura, ésta erguió el busto, cual si fuera de una sola pieza, y dijo con cavernosa y lúgubre voz, tal como hemos convenido en que debe ser la de los difuntos que hablan:

—¡¡¡Dime cuatro mi... sas!!!...

—Dame veinticuatro reales—contestó reposadamente el fraile, alargando la mano y sin hacer

otro movimiento que el indispensable para que su brazo, envuelto en la ancha manga de su hábito pardo, se separara levemente del sayal. Más como el *difunto* tornara acompasadamente á recostarse en el paño mortuorio, y en todo pensara menos que en alijar los maravedís, el bueno del cogulla echó una pata por encima del *muerto*, después la otra, y sin volver el rostro, como quien está profundamente convencido de que las *almas en pena* ni dán sustos ni dinero, continuó su blando andar hasta perderse á poco en la sombra, confundiéndose con ella.

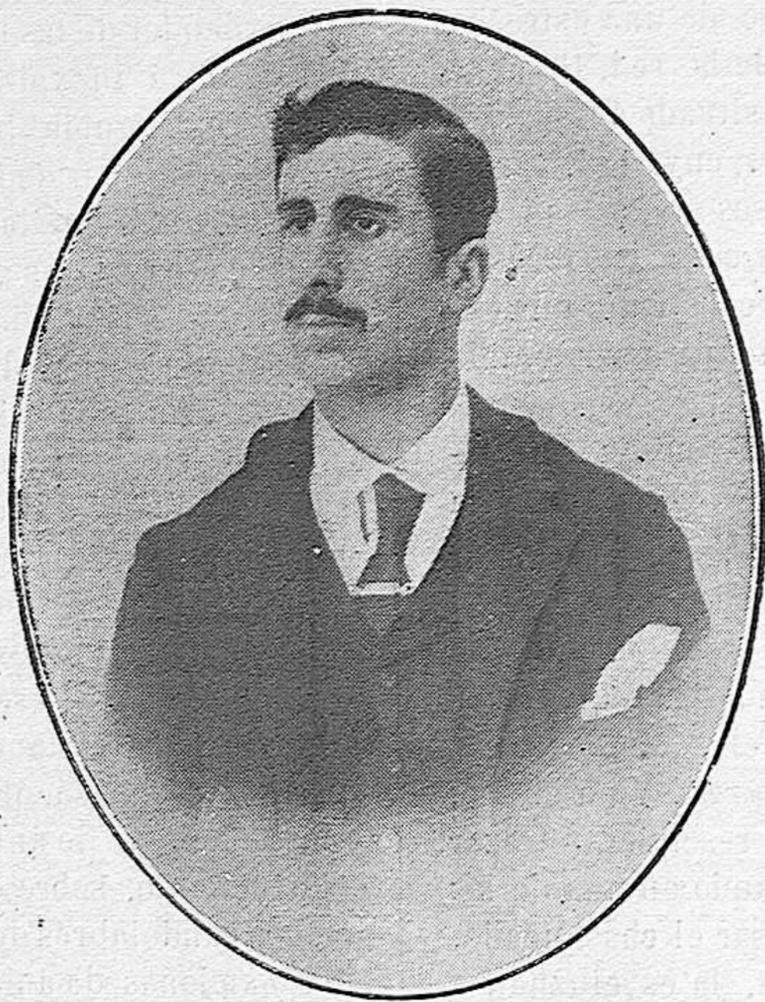
B. F. O.

## MI PRIMER ARTÍCULO

NUESTROS COLABORADORES

Eran unos días tranquilos, apacibles. La gente no perdía un domingo de sol en las Peñuelas, y en esta casa de LA OPINIÓN, que entonces era la que hace frente á la *Torre del Gallo*, no faltaba tampoco un domingo aquella tertulia famosa.

Iban allí don Diego Molleja, con su aspecto encogido, con aquel mirar tan suyo á través de los turbios cristales de sus gafas, mientras que salmódicaba sus versos, con



Sr. D. José Alcántara Fernández

Ameno escritor y Bachiller.—Nació y murió en Ecija.

aquel estribillo: "Bueno, señor, bueno..."

Y el llorado Juan Armesto, romántico solemne, que leía sus rimas dándoles una entonación enfática, sonora, y luego preguntaba, humilde, á mi padre: "¿Qué le parece, don Juan?"

Pepe Garay tampoco faltaba un día; hablaba y discutía, y había en sus juicios una seguridad y una convicción definitiva. Reía, y mostraba unos dientes blancos, voraces; al descubrirse flotaban por el ambiente los aromas con que se perfumaba el cabello.

Y Pepe Capitán; mordaz, irónico, el

Del dulce cantar se extinguen los adormecidos ecos; el moro sube al caballo, que corre veloz de nuevo desde la torre hasta el puente y de el puente hasta los cerros, mientras que el altivo Járquiz exclama con voz de trueno:

«Los que del sol ven la cuna los que entre montes de hielo dormitan la larga noche del polo; los que en el fuego de cien volcanes caldean su faz; los de rostro negro que en el recóndito bosque moran; los amarillentos hijos del Sol; todos, todos ante mi poder supremo comparezcan, y rendidos

y esclavos de mi deseo, el justo tributo paguen, según yo mando y ordeno.»

Y desde el puente á la torre y de la torre á los cerros va el altivo moro Járquiz la elocución repitiendo, y en tanto á favor del raudo volar del corcel soberbio, la fantástica silueta del soñador sarraceno cien y cien veces dibujan las claridades del cielo.

III.

Un apuesto caballero que de Córdoba salió cuando su manto la noche, como fúnebre crespón, tendía sobre la fronda

de monótono verdor, llega al estrecho camino que conduce al *Torreón*, al despuntar por Oriente los rayos del nuevo sol.

En el mismo punto Járquiz suspende la elocución, y dirigiéndose al noble, con grave y potente voz y semblante asaz airado, le dice:—Jamás osó traspasar este lindero ningún menguado español, y aquí se paga el tributo, para gloria y esplendor de la sin par hermosura que mora en el *Torreón*, de Milenda, de la estrella del Islam.—¿Y quién mandó

inicia por de todas las discusiones; se complacía en provocarlas, y en medio de ellas se le podía ver sonreír con aquella sonrisa escéptica, de hombre superior...

Como digo, se hablaba y se discutía todo y de todo. Se criticaba á Maura, se iba conociendo á "Azorín", se leían "Alma española" y "España", periódicos que entonces se publicaban y que representaban lo más moderno en literatura.

Por aquel tiempo, sufría el teatro Principal una de sus fantásticas transformaciones; don Francisco Vega era condecorado con una cruz militar, buscaba yo mi primera novia, y aún no se pensaba en hacer la calle Cervantes.

Mi padre parecía presidir aquella tertulia desde detrás del mostrador, y yo me encaramaba á cierto sillón que allí mismo junto á una mesita había. Aquellos antiguos contertulios se apretujaban en la parte tan pequeña que para servir al público en aquel despacho teníamos.

Siempre, al llegar. Pepe Garay se dirigía á mí, y me decía:

—Ernestín, avisa á Vega.

Y yo, luego de disminuir en uno el número de los asistentes á la tertulia, preguntaba:

—¿Trés?—

—"Sí, tres para cuatro".

Corría yo á avisar; Vega surgía á poco llevando "el humeante y sabroso Moka", y previa aparición de una taza que para estos menesteres había preparada, tomábamos todos café. Aquello era algo parecido al milagro de los panes y los

peces, porque siempre sobraban café y azúcar. El secreto no estaba más que en la magnificencia de aquel imponderable Vega.

Y por este tiempo fué cuando yo, aprendiz de cajista, compuse mi primer artículo. Fué uno que se cogió de un periódico de Morón, "El Cronista", y recuerdo que trataba de los bienes embargables. Lo hice con letra del diez y tendría unas sesenta líneas. Por cierto que tardaría sus buenos cuatro días en componerlo, y que costó Dios y ayuda el que lo acabara...

Y llegado aquí, preguntará el buen lector: ¿Qué tendrá esto que ver con el número extraordinario de LA OPINIÓN, y qué tendrán también de

interesantes para la historia tan importantísimos datos?

Y yo, á mi vez contesto: Para la historia ninguno de estos datos son minuciosos; para mí particularmente estos recuerdos son inviolables. Y cuando, lejos de mi tierra, añore aquel hogar tranquilo, aquellos amigos que allí se reunían, aquellos campos, aquellas calles y aquellas casas, me acordaré también de que entre ellos aprendí mi primera labor, la de mi padre, y que fué en esta vieja y querida OPINIÓN donde se publicaron aquellas primeras líneas compuestas por mí.

¡Vieja OPINIÓN!... ¡Quien

te viera bonita, alegre y riendo, como debes ser por tu edad! ¡Veinte y cinco años!...

Ernesto de los Reyes.

Repartidor-cajista de LA OPINIÓN, y oficial de Correos.  
Madrid, Octubre de 1915.

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Juan Armesto y García de Castro

Inspirado poeta que nació en Eciija y murió en Sevilla.

á los cordobeses?—Yo.

—¿Y tienes derecho, imbécil, á ser el dueño y señor de vidas y haciendas?—Cumple la sagrada obligación, porque si así no lo haces, te prometo ¡voto á bríos! que entre humildes servidores marcharás al Torreón y ante los pies de Milenda sufrirás el deshonor de ser mi esclavo y su esclavo, si desoyeres mi voz.

(Acerca el caballo el moro, y su bravo pisador acerca el noble).—No añadas vilezas á la ambición, que guardo en mi alma impresos

un templo para mi Dios, la verdad y la justicia, y el código del honor en el filo de mi espada que siempre, siempre venció.

De los cortantes aceros brilla el siniestro fulgor y de sus ásperos choques vibra el fatídico son; se traba la lucha; el moro acomete con ardor, mientras su labio pronuncia terrífica maldición, que exacerba al caballero, y con ademán veloz y golpe certero y rudo le atraviesa el corazón á Járquiz, que, en sangre tinto,

en tierra se desplomó.

IV.

Pasaron siglos. Se hundieron del hado bajo la rueda los recuerdos pavorosos de aquella lucha sangrienta; vestigios, que no ruinas, del Torreón, solo quedan.

Y cuando la brisa mece la fronda de la ribera y en la corriente del río con giro suave ondea, parece que en blandos ecos gime, con honda tristeza, el trágico fin de Járquiz, la inconstancia de Milenda.

NOTA.—Nos permitimos unir á nuestro humilde trabajo esta nota explicati-

## DE UNA CARTA

NUESTROS COLABORADORES

...Desapruebo totalmente el rasuramiento de tu bigote. Éste, con el entrecejo y las cejas que son la prolongación de éste, constituyen lo más característico de cada fisonomía.

¡Cuanto imponente coronel, cuanto feroz criminal, perderían su renombre de terribles si perdieran de la noche á la mañana el abundante sistema piloso de que los dotó natura!

Un rostro lampiño, como un terreno sin bosque, es más asequible á la mirada del explorador.

El bigote y las cejas son como el subrayado para los vocablos; las facciones como las palabras adquieren mediante ellos un sentido eficaz que sin ellos no tendrían.

El bigote y las barbas foman una especie de antifaz, que intensifica la expresión humana. Resulta peligroso deponerse de golpe de tal suerte de careta. A veces, tras hirsuto mostacho y tremebundas barbasas, ocúltase, monda y lironda, la más apacible expresión de manso cordero.

Mi preferencia fluctúa, sin acertar á decidirse, entre la barbilampiña faz de eurítmico efebo de la estatuaria griega y el levantado bigote y florecidas barbas de un caballero de Velázquez. Por cierto, y permítaseme esta digresión, que modernamente Guillermo II ha plagiado en sus famosos bigotes, la manera personal del pintor insigne.



Sr. D. Victoriano Valpuesta Aparicio

Abogado y culto escritor.—Nació en Ecija y reside en Badajoz.

el divino, se confundían las tostadas guedejas del caminante con los rulos revueltos de sus mejillas; Fausto y D. Juan Tenorio, barbados fueron; los ejemplos podrían multiplicarse hasta lo infinito.

Si desde este plano superior descendemos á otro puramente utilitario, hay que reconocer, mi amigo, que el bigote presta al hombre positivos y muy prácticos servicios.

Tras él se emboscan la malicia del abogado, la avaricia del tendero, la sonrisa del burlon, la crispatura del cobarde, los rictus de la ironía y de la sensualidad y hasta, á veces, la laxitud alelada de las comisuras en el incapaz y el sumergido.

Desde un punto de vista puramente estético, si la faz totalmente rasurada dice mucho, no dice menos ciertamente la faz nimbada de blanco, al modo de los patriarcas, ó de rizos rubios.

Ellos son la orla de la virilidad. ¿A qué suprimir lo que la naturaleza, á través de millares de años, ha conservado?

Los personajes más nobles que recuerda nuestra memoria y hacen latir nuestra alma como prototipos humanos, por una singular coincidencia, todos ostentan el adorno piloso que hoy generalmente se repudian.

Don Quijote, el caballero, gastaba barba; Hernan Cortés, padre de la acción, también la usaba; en Jesús,

va de lo que acerca de la leyenda Járquiz y Milenda dice el cronista Sr. Varela en su obra «Proezas Astigitanas».

«Corre en esta localidad cierta leyenda arábiga de Járquiz y Milenda (que algo participa el protagonista del carácter caballeresco de nuestro Hidalgo Manchego) en la cual se lee que una linda mora, llamada Milenda, vivía con su padre en el castillo situado junto al puente que Almanzor mandó edificar sobre el Genil, conocido ahora con el nombre de Torreón. Su rendido amante se pasaba los días en claro y las noches despierto, para desafiar á cuantos por aquel recinto transitaban, si no reconocían de buen grado y confesaban paladi-

namente la extraordinaria hermosura de su querida señora la sin par Milenda; imponiéndoles un crecido tributo. Si el desdichado pasajero se negaba á una ú otra cosa, arremetía el moro contra semejante malandrín y de quedar este mal parado, lo llevaba prisionero á los pies de la dueña de sus pensamientos, dejándolo cautivo á sus órdenes todo el tiempo que á ella pluguiese.

Pero como la fortuna no siempre suele ser propicia, acertó á pasar por aquel sitio un noble cordobés, é intimado á la rendición, si no convenía en tan obstinado empeño, con la imposición del consabido tributo; negóse á todo el caballero, sostuvo con su provocador un sin-

gular combate y logró darle muerte librando así á los viajeros del molesto obstáculo que por aquel paso se les oponía»—«En cuanto á su idolatrada Milenda, bien pronto mitigó la pena por la muerte causada, consolándose con los atractivos de otro moro no menos vehementemente y más cuerdo».

Y de las mismas referencias, el hecho se supone acaecido en el espacio de tiempo que medió entre la entrega de Córdoba (1236) y la de Ecija (1240).

D. M. R.

En tal sentido, rasurarse de buenas á primeras el mostacho resulta peligroso para el autor de la supresión.

Y es que se ve obligado á componer para el público una nueva fisonomía, de acuerdo con el nuevo estado de cosas.

El rostro, sin pelo, retrocede á la niñez.

Pero el hombre no puede dejar de ser hombre.

Consecuentemente, ha de adoptar una expresión adecuada, la que él cree que corresponde á su efectiva, ó pretendida, ó necesaria psicología.

¿No has observado, amigo mio, la curiosidad con que se escruta la faz del individuo que acaba de rendir su cepillo bucal á la filosa navaja del barbero?

Es que el infeliz acaba de descubrir su verdadera personalidad. Y ¡cuán pocos son los que tienen en la infancia rasgos bastante enérgicos para ostentarlos después en lo futuro!

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Manuel Ostos y Ostos  
Escritor y primer Cronista oficial de la Ciudad de Ecija,  
en la que nació y murió.

Convengamos por otra parte en la situación un poco desairada del que se duerme barbado y despierta barbilampiño; del que se acuesta Padre Eterno y se levanta querubín; del que anochece Moisés y amanece Hamlet; del que se ve ermitaño y vuelve torero.

Las transiciones bruscas siempre son expuestas y las vacilaciones que precedieron á la tonsura son anuncio, precisamente, de la ausencia de carácter firme que la rapada significa.

Encarando la cuestión por otra de sus facetas, quiero dejar constancia de

que no seme oculta las ventajas del rasuramiento para los modernos deportistas, así como para sus remotos colegas de la antigüedad. Pero este es un aspecto parcial de la cuestión, que poco afecta á sus lineamientos generales.

J. Garay Bernasqué.

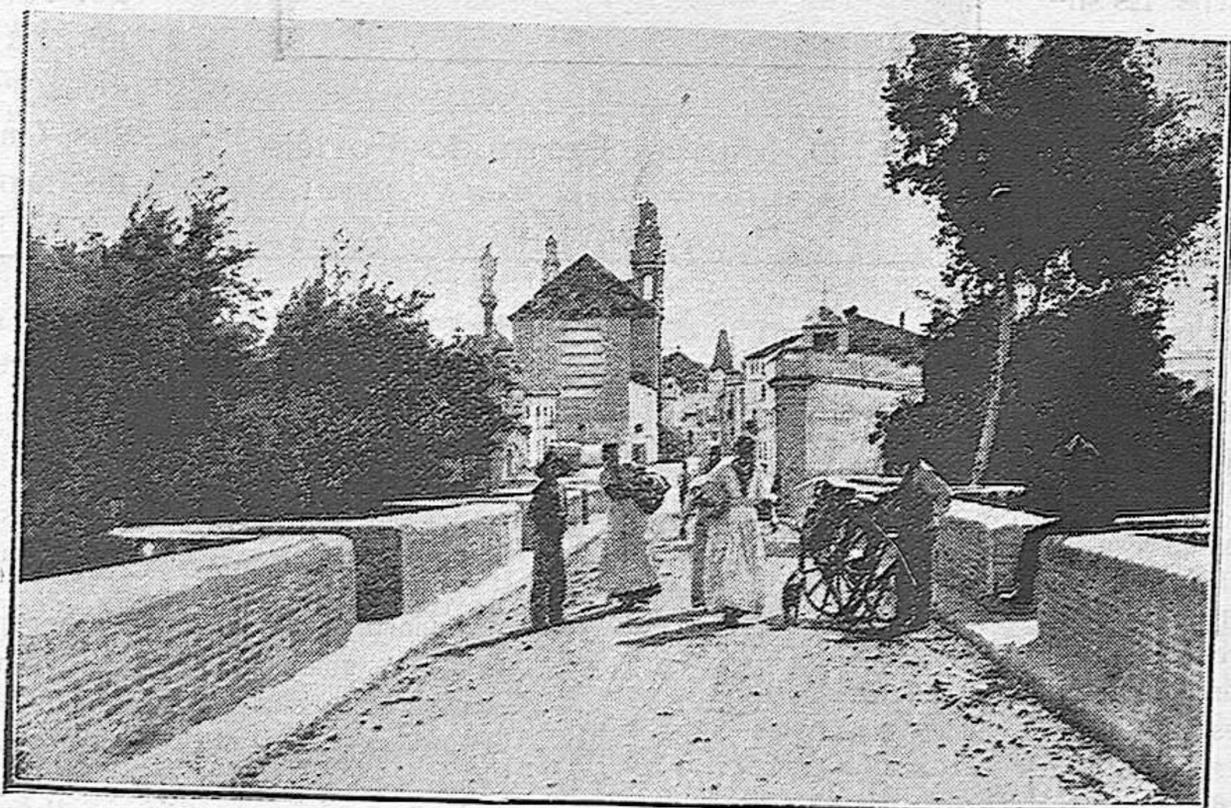
DE UN DIETARIO SENTIMENTAL

Han pasado para mi alma unos días que han sido de paz. Hoy vuelvo á sentirme horriblemente neurasténico.

Esta vida del corazón se me antoja estúpida. ¿Por qué hemos de sentir tan opuestas emociones en un tan corto lapso de tiempo? La vida es tornadiza, y nosotros, á fuerza de fantasear y á fuerza de sentir, la hacemos imbécil. Fuera mejor, sin du-

da, permanecer insensibles á cuanto al lado nuestro y en nosotros mismos se desenvuelve, con la frialdad estóica de los acontecimientos que se imponen. Porque andamos, á la verdad, muy láicos de espíritu los que llevamos en el pecho las desgarraduras sangrantes de una pasión, y somos, por lo mismo, materia abonada de todas las veleidades de la vida...

A pesar de haberme retirado á esta soledad para en ella curar una dolencia



Puenté sobre el Genil, en la entrada de Ecija.

do á esta soledad para en ella curar una dolencia

de mi alma, hoy heme irritado conmigo mismo al ver que la llaga, que creí siempre incurable, como mi romanticismo, ha comenzado á cicatrizar muy á pesar mío. Y es que para nuestras alegrías, como para nuestras tristezas, tenemos la presunción necia de que sean las mayores, sean inacabables. Verdaderamente paradójico es este modo de sentir, que yo lo traduzco por un afán desmedido de popularidad y preeminencia. Llevamos todos ingenua la aspiración á lo que está por cima de nuestras fuerzas y en vano ¡y tan en vano! nos sale á cada paso la Realidad á saludarnos con su sonrisa irónica. Para esta matrona vieja que nos advierte y nos enseña, tenemos siempre un gesto supremo de desdén.

Han celebrado en estos días los sencillos labriegos de aquí la fiesta de su santo Patrón. Estas gentes humildes se han embriagado de júbilo. ¡Qué ingénuos en sus sentires! ¡Con qué fuerza se ha retratado en sus semblantes el gozo de sus almas nobles! Yo les admiro y les envidio. Arcadia se perpetua, á través de las edades, en estos peñascales abruptos. Y ellos son humildes y viven pacíficos. Es sublime la idiosincracia de estas gentes, á quienes la religión dió el ósculo de la civilización. No sa-

ben del odio: y siempre tienen en sus labios para las grandes desventuras el gesto de la heroicidad.

Conmigo han sido altamente exquisitos, dentro de su rusticidad nativa. Me han invitado á la romería del Santo. Es una nota de color admirable la que ofrecen ellas y ellos, aliñados con sus mejores atavíos. Las mozas son garridas, hermosas. Ellos son bravíos, de plante. Les he acompañado, y allí parecíame vivir otra vida. Me han obsequiado con la franqueza de esta gente que es toda corazón. Y he comido de su pan tosco que sabe á honradez y he mojado mis fauces con el vino de sus botas panzudas. Después me han dedicado algunas de sus coplas típicas.

Para mí tienen un excepcional valor los cantares del terruño: me producen una veneración profunda y religiosa.

Aquellas notas salen del alma, de lo más íntimo del pecho; son una vibración, un latido de la vida de todo un pueblo. ¡Y qué de recuerdos les pone en las mentes el cantar de la tierra! Al escucharlo, sus ánimas están suspensas: y brillan sus ojos con el fulgor de la emoción íntima. La copla vive entre ellos y es el relicario de sus tradiciones augustas: la oyeron en sus ma-

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Manuel Bermudo Portela  
Licenciado en Ciencias y Letras.—Nació y reside en Ecija.

CREPÚSCULO DE OTOÑO

La virgen Tardé muere según rito de Oriente,  
el Sol se hunde en su carro de púrpuras y rosas...  
en el ensueño tibio de la liturgia ambiente  
confúndense en un beso dos almas dolorosas.

El Sol se hunde en su carro de púrpuras y rosas,  
la cumbre arrebolando de las olivas densas ..  
confúndense en un beso dos almas dolorosas,  
las rojas nubes fingen dos rojas bocas tensas.

La cumbre arrebolando de las olivas densas,  
del hondo valle emerge la gris ciudad vetusta...  
las rojas nubes fingen dos rojas bocas tensas,  
las torres lo reflejan sobre su frente augusta.

Del hondo valle emerge la gris ciudad vetusta,  
en el adiós de un beso se desmayó la tarde...

las torres lo reflejan sobre su frente augusta,  
de un álamo en el río cual pájaro azul arde.

En el adiós de un beso se desmayó la tarde,  
fundida en tu recuerdo se esfuma mi esperanza...  
de un álamo en el río cual pájaro azul arde,  
con paso silencioso la negra noche avanza.

Fundida en tu recuerdo se esfuma mi esperanza,  
la ñora de una acequia se queja somnolenta...  
con paso silencioso la negra noche avanza,  
de un campanario zumba la campanada lenta.

La ñora de una acequia se queja somnolenta,  
canción de la añoranza del cangilón que llora...  
de un campanario zumba la campanada lenta,  
mi ronca pena tañe la angustia de esta hora.

JUAN ARMESTO Y G.<sup>a</sup> DE CASTRO.  
Ecija y Septiembre—907.—(Inédita.)

yores siempre vibrante y sonora: por eso, cuando la cantan y cuando la escuchan, ponen toda su alma en la copla.

¡Qué bien sienten las almas que no saben de las ruindades del vivir! Sin embargo, no todas las de esta aldea son gemelas. Algunas, á pesar de su edad temprana, ya tienen en los labios la mueca tristísima del dolor. ¡Cuán tempranamente se agostan las ilusiones en algunas vidas!

¡Pobre Carmela! ¡Como acudes ahora á mi recuerdo y de qué piadosa melancolía se llena mi alma al evocarte! Aun paréceme que te oigo; aun creo que suena en mis oídos tu copla, aquel tu cantar de amor que salió de tu alma, amenazador, fiero, como voz apocalíptica y que al tocar en tus labios puso en ellos un gesto jeremiaco. Y aun creo que estoy viendo tus ojos, tus grandes ojos claros, ventanales hermosos de tu alma triste, fijos en el espacio, angustiosos, desolados. ¡Quién sabe lo que tus ojos vieron entonces! ¡Y quien sabe qué tributo vino á pagar aquella lágrima que ví asomar á ellos, y temblar luego un momento en tus mejillas de nácar! Lágrimas benditas de dolor que brotáis de un alma de mujer, ¡qué elegía cantáis en vuestro rodar silente!

Tu copla, Carmela, puso en mi alma, en esta pobre alma mía romántica y trunca, un beso de paz. Porque, al escucharte, te comprendí: por entre las notas vibrantes de tu cantar, salieron jirones de tu vida triste, de tu vida fría, de esa tu pobre vida, flor preciada que alguien—una obsesión de tu mente será su nombre—tuvo el bárbaro placer de pisotear cuando más lozana, más hermosa se erguía, impregnando el ambiente de las exquisiteces y fragancias de su perfume. El dolor, mi pobre niña, une á las almas más fuertemente que las alegrías todas: por eso yo que, por todo bagaje, llevo sobre mi espíritu un caudal inmenso de desilusiones y amarguras y veo chorrear en mi ánima las lacerías repugnantes de todas las ingratitudes del vivir, al escuchar tu copla, al ver tus ojos, velados por una

lágrima, fijos en el espacio, como si allá, en la inmensidad azul y bella, quisieran descubrir una mano maléfica trazando el camino de tu negra desventura, senti en mi alma el beso augusto y grande de la consolación; en ti, el dolor me deparara una hermana. ¡Mi pobre hermana! ¡Tambien tú vas subiendo el camino de la vida dejando entre sus zarzales jirones de tu carne pura! ¡Tambien hay hieles en tu alma y recuerdos más amargos que las hieles! ¡Pobre Carmela!

Yo hubiera querido hablarte aquella tarde en la romería cuando acabaste de dar al aire tu can-

ción lastimera; pero la franca alegría de las que te rodeaban, alegría noble y muy justa, ponía á mis ansias un veto que creí deber sagrado respetar. Después, te alejaste con los tuyos. Aun trajo el aire á mis oídos, con esa vaga confusión de las cosas lejanas, las primeras notas de tu copla. Y yo, cabizbajo y llorando sobre mí mismo, me alejé tambien. No te he vuelto á ver desde aquel día, Carmela, y ¡si supieras cuanto daría por encontrarte de nuevo!...

He divagado. Lo sé; mas ¿qué importa? Al fin y á la postre, divagar es vivir, y mientras vivimos divagamos. Por otra parte, bien merece una

divagación, un paréntesis en estas confidencias mías, la pobre Carmela que ha dado un poco de paz á mi ánima y cuya pena noble y honda ha tonificado mi espíritu. llenándole de consolaciones suavísimas.

JOSE GALBIS BAS.

PENSAMIENTOS SOBRE EL AMOR

¿Y para qué es sin el amor la vida?

CAMPOAMOR.

Amar es pedir á otro la felicidad que nos hace falta.

ROCHPÉDRE.

El amor es la dicha para este mundo y para el otro. Amad, y todos los poderes de la tierra

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. José Garay Bernasqué

Escritor, periodista y abogado.—Nació en Eciija y reside en la Argentina.

se humillarán á vuestros pies. El amor es una llama que arde en el cielo y cuyos destellos llegan hasta nosotros. Le han sido dados dos mundos y dos vidas. Por el amor duplicamos nuestros seres y tocamos á Dios.

AIMÉ-MARTÍN.

cha habrá disminuído, la paz posible reinará en el globo.

E. THUILLIER.

Mujeres, guardáos de creer en los juramentos de los hombres; los hombres, para obtener lo que anhelan, los prodigan tanto como las promesas.

NUESTROS COLABORADORES

ELEGÍA

Á la memoria de mi querida y santa madre.

*El luto ha bañado  
mi vida en tristezas...*

*Madre, que eras santa,  
madre, que eras buena.  
¡qué llantos tan tristes  
tu ausencia nos cuesta!*

*¡Qué largos dolores!  
¡Qué amargura y penas!  
¡Qué horas tan felices  
tu amor nos recuerda!*

*Ya nunca, cual antes,  
dispondrás la mesa;*



Sr. D. Fernando Cano Gómez  
Inspiradísimo poeta.—Nació y reside en Madrid

*¡la mesa bendita  
que tú bendijeras!  
El lecho sagrado  
que robó á la ciencia  
tu vida preciosa  
y mi dicha en ella  
é hizo tus mejillas  
de nieve y de cera,  
ahora está vacío;  
y aún me recuerdan  
tu cuerpo de mártir  
sus ropas revueltas...*

*¡Madre, que eras santa!  
¡Madre, que eras buena!*

FERNANDO CANO GÓMEZ

Acostumbráos á todas horas á hacer actos multiplicados de amor, porque tienen la virtud de inflamar y enternecer el corazón. Practicad así mismo, actos de todas virtudes.

STA. TERESA.

Al lado de los grandes hombres hay siempre una mujer amada, porque el amor es el sol del genio.

ANÓNIMO.

Niño peligroso, tierno y cruel, el amor lleva en su mano el destino del mundo: con una sonrisa da la paz ó la guerra. Al repartir por todas partes sus falaces dulzuras, anima el Universo y vive en todos los corazones.

VOLTAIRE.

El amor es la luz y la ilusión la sombra.

B. M. Y PRAT.

Amar es admirar con el corazón; admirar es amar con el espíritu.

TEÓFILO GAUTIER.

Cuando el amor domine en todos los corazones y el sentimiento sea en todos una verdad, la lu-

empero una vez satisfecha su pasión no tardará en olvidar sus promesas y sus juramentos.

CÁTULO.

No es el amor un fuego que se puede ocultar en un alma; el que lo siente lo descubre en su voz, en sus ojos y hasta en su silencio.

RACINE.

El amor es el más benigno y el mejor de los moralistas.

BACÓN.

El amor es la salutación de los ángeles á los astros.

VICTOR HUGO.

La vida no es más que un sitio donde el hombre espera al Amor, á la Gloria y á la Fortuna. La única que acude á la cita es la Muerte.

ENRIQUE HEINE.

El amor verdadero es el de aquellos que aman sin esperanza de ser correspondidos.

SÉNECA.

A mi entender, todas las virtudes están encerradas en una sola palabra: amor.

LEGOUVÉ.

**LA ALEGRÍA OBLIGATORIA**

NUESTROS COLABORADORES

Sería para muchos espíritus liberales una de las imposiciones más absurdas de la tiranía, y, sin embargo, muchos pueblos y muchos hombres, por consiguiente, encontrarían su salvación física, si sufriesen semejante pena.

Todo lo malo es siempre triste. La tristeza es también una paralización.

Las tristezas elegantes, esas tristezas del luto y del dolor, de las pérdidas graves, de los reveses, están más allá de la tristeza: son dolores. No son males por sí, sino los resultados de un mal. Las tristezas malas, son esas tristezas que por sí propias disponen el ánimo contra toda sociabilidad, contra todo curso y contra todo auxilio.

La salud del cuerpo y del alma son imposibles sin la risa, sin la alegría; y la dicha mayor no podemos imaginarla nunca si no como una criatura que ríe. Nuestra risa va disminuyendo con nuestra vida y á medida que nos vamos pervirtiendo.

La seriedad absoluta es el mal.

Para conseguir la salud es menester reír, adquirir buen humor, tener alegría. Cuando tengamos salud nos reiremos de nuevo; pero es imprescindible alegrarse primero, para alegrarse después.

Las especies vivientes son perecederas, porque entran en la vida con demasiada gravedad, con



Sr. D. José Ruiz Cuenca

Escritor y periodista.—Nació en Ecija y reside en la Argentina.

dolor, sin alegría; y seguramente si ha de venir á la existencia un ser verdaderamente inmortal, saldrá de las entrañas de su madre riendo, y riendo de veras, á carcajadas.

Las personas más desgraciadas, por el tiempo que sufren su desgracia, si pasamos lista á cuantas nosotros podamos conocer, veremos que son aquellas que tienen después de todo, bien miradas, el mejor carácter y el mejor humor posible. Si no fuera así, ¿cómo pudieran haber vivido hasta el presente! Han soportado la miseria, el dolor y las lágrimas, gracias á la jovialidad, á la risa, que no les abandona nunca.

Fisiológicamente no es posible imaginar un movimiento gimnástico más regular, más equilibrado, que repercute mejor toda una vibración, sentida por el cuerpo, que una buena risa. Al reírnos se conmueve todo el cuerpo, y se conmueve como solo puede conmoverse un alma ante una buena pieza de música ó la lectura de un poema.

Un impuesto excesivo sobre los espectáculos públicos; una persecución contra los cómicos, contra los acróbatas, contra todos los artistas, destruiría un pueblo con más eficacia que si se decretara en él el aislamiento de los sexos.

La alegría debemos derramarla cuando esté en nuestra mano, y debemos conquistarla por todos los medios.

Debe ser un mandamiento para nosotros.

**LA MUERTE DEL POETA**

Al gran poeta trágico, á Esquilo dijo el águila:

«Autor de *Prometeo*, te vengo á desafiar.»  
Y súbito soltando su poderoso vuelo,  
perdióse como flecha por la región del cielo  
y al numen gritó: «¡Ensayá! ¡Ve si más lejos vas!»

Esquilo acepta el reto, y en la divina cítara  
su canto acompañando, la alada voz soltó:  
hollando de los siglos la férvida corriente,  
de los Titanes fieros y Jove prepotente  
la lucha poderosa magnífico cantó.

El águila, las alas plegando, cayó rápida  
y en el profundo abismo á sumergirse fué:

«¡Aquí, si puedes, sigueme!» gritóle altiva y fiera,  
y Esquilo al hondo abismo, de la celeste esfera  
donde los astros ruedan, sumérgese á su vez.

Y canta de los cielos el despertar espléndido,  
y canta las tinieblas en lucha con la luz.  
El águila entretanto, con un vigor que espanta,  
llevando una tortuga, de lo hondo se levanta  
con vuelo poderoso por el espacio azul.

La poderosa carga sobre el poeta helénico  
desde las altas nubes violenta desprendió.  
¡Murió! ¡Murió venciendo el trágico profundo!  
Atenas al asombro presentalo del mundo,  
y una águila soberbia, la envidia lo mató.

EDUARDO DE LA BARRA.

El valor que han tomado modernamente todos los deportes descansa en la alegría que proporcionan, en que son fuentes de animación, de diligencia, de actividad. No solo satisfacen al cuerpo, sino que satisfacen al ánimo. Es más; en apariencia se dirigen al cuerpo, pero donde actúan de una manera más eficaz es en el sentimiento y en la mentalidad del sujeto.

V. S.

## NUESTROS GRABADOS

Al proyectar la confección y publicación de este número, para conmemorar un suceso tan grato, para nosotros, como el cumplimiento de la mayor edad en el palenque periodístico, pensamos también, en asociar á tal hecho una especie de homenaje á los buenos y queridos amigos, que más de una vez y con los estimados productos de sus cultas inteligencias nos acompañaron en la labor cotidiana, colaborando en las columnas del periódico. Para realizar esta aspiración, pensamos que no había medio más adecuado que el de publicar en este número los retratos de tan fraternales amigos.

Procediendo así creíamos, no solo realizar nuestro propósito de unir al acto conmemorativo el nombre de aquellas personalidades, sino en cierto modo cumplir la deuda de gratitud contraída desde el momento que tan ilustrados colaboradores vinieron a honrar con sus escritos las planas del periódico.

Pero no contamos con la huésped, como vulgarmente se dice: formada la lista de cuantos que

NUESTRO DIRECTOR



Juan de los Reyes Sotomayor

Impresor y escritor.—Nació y reside en Ecija

## A MEDIDA

Me gusta un verso que termine en *acho*;  
y aunque en hacer sonetos no soy *ducho*,  
veré, si trabajando poco ó *mucho*;  
hago un soneto sin un *terminacho*.

Voy por el quinto verso, sin *empacho*  
cual si fuera montado sobre un *rucho*;  
y el segundo cuarteto ya me *embucho*  
si á *empacho* le viniera bien *gubacho*.

Sin que el agua me llegue hasta el *pecho*  
conseguir ya pudiera lo que he *dicho*  
buscando consonantes de *desecho*;

Y así acabado; al tenerle *hecho*  
Escúsome decir: ¡aquí ya *espicho*!  
Cátate el soneto *hecho*; y *derecho*.

QUERINE.

ridos amigos ilustraron alguna vez estas columnas con sus trabajos, vimos, con doloroso sentimiento, que algunos de ellos, como D. Rafael C. Montero, D. Manuel Valera, D. Fernando Serrano y otros, habían fallecido y no nos era fácil poder obtener su fotografía.

De otros, todavía vivos afortunadamente, de quienes solicitamos su retrato, como D. Antonio T.—Martel, primer director de este periódico, D. Diego Molleja, D. Angel Custodio, D. José Capitan Fernández, y alguno más, ó se escusaron modestamente á nuestro requerimiento, ó no tuvieron á bien contestarnos, imposibilitándonos, unos y otros, poder realizar aquel propósito.

Por tales causas, la galería de colaboradores que publicamos, ha quedado limitada á aquellas fotografías que nos ha sido posible obtener, y su colocación en estas páginas, aparta el lugar preferente que era debido dedicar á los que

pasaron al libro de la historia, lo que implica ni significa primacía ni privilegio: para nosotros, todos los amigos, todos queridísimos, ellos ocupan el mismo lugar en nuestro afecto, dejando al cuidado del benévolo lector, que, inspirándose en el sabio dicho de nuestro legendario hidalgo, dé la primacía al que considere más merecedor de ella.

Con lo expuesto y con cuanto este número significa y vale, creemos haber cumplido el fin principalísimo que nos propusimos: conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la fundación y publicación del primer número de LA OPINIÓN ASTIGITANA, única publicación que hasta el presente logró cumplir la mayor edad en el periodismo ecijano.

LA REDACCIÓN.



## LEJOS DEL MUNDO

Bajo el amplio dosel del firmamento  
de esta noche de estío sosegada  
oyendo de los campos la tonada,  
rebosa el corazón dicha y contento.

En un dulce y profundo arrobamiento  
el alma se adormece entusiasmada,  
por los ritmos nocturnos arrullada,  
que son del orbe el colosal aliento.

Blanca y redonda, tras lejana cumbre  
la luna se levanta con pereza,  
bañando al mundo en su argentina lumbre.

Se alegra el ruiseñor; su canto empieza,  
y á su acento de intensa dulcedumbre  
¡brota el amor con virginal pureza!

F. MONTES VENTO.